

CRIATURAS ABISALES

Literaturas

CRIATURAS ABISALES

Marina Perezagua

los libros del lince

Diseño de cubierta: Lucrecia Demaestri
Diseño de interior y edición: BSK
Imagen de cubierta: © Aron Wiesenfeld, *The Delegate's Daughter*

Primera edición: mayo de 2011
© Marina Perezagua, 2011
Edición a cargo de Lorena Bou Linhares
Corrección de pruebas: Inés Blanca
© Los libros del lince, s.l., 2011
Enrique Granados, 135, ático 3.^a
08008 Barcelona
www.librosdellince.com
info@librosdellince.com

ISBN: 978-84-15070-10-8
Depósito legal: B. 15.732-2011

Todos los derechos reservados.

Lengua foránea

Olga W. viajaba en un Boeing transatlántico cuando una gran lengua lamió el cristal de la ventanilla donde tenía apoyada la frente. Olga W. se despertó, con un ligero dolor de cuello, y se retiró unos centímetros del vidrio para incorporarse en el asiento. Tenía la boca seca y bebió un poco de agua de la botella que llevaba en el bolso de mano. Miró a ambos lados. Era un vuelo nocturno y a su izquierda la opacidad de la noche limitaba su vista. A su derecha viajaba un señor pequeño y enclenque, con una protuberancia exagerada en el pecho. Todavía adormilada, Olga W. pensó en un hombre pájaro, acordándose de un cuadro alemán de los años veinte, donde un personaje excesivamente blanco presenta al espectador un tórax semejante al buche de un pichón, por la deformidad de unas costillas prominentes. Olga W. imaginó la génesis de aquel bulto y le vino a la cabeza la figura del pasajero atragantado con un hueso de ave, tosiendo en una lucha que acabó con el golpe en la espalda de una mano amiga. En su intento por salvarle de la asfixia la mano tuvo que aporrearle hasta que la joroba se le salió

por el otro lado. Así, con su joroba desplazada hacia el esternón, dormitaba su triste compañero de viaje.

Olga W. encendió la lamparita situada sobre su asiento, y ya totalmente despierta se disponía a leer cuando le pareció ver de soslayo que algo se había destacado en la noche, allá afuera del avión. Miró por la ventanilla y no pudo ver nada, la uniformidad del vacío la tranquilizó. Miró de nuevo al hombre pájaro y esta vez fijó la atención en su nariz aguilena. Temió que en una de sus cabezadas le clavara aquel garfio en el hombro. Olga W. todavía no se había dado cuenta de que del otro lado, y por tercera vez, la lengua había lamido el cristal de su ventanilla y llevaba algunos minutos allí pegada.

La mayoría de los pasajeros dormía, sólo algunas lucecitas permanecían encendidas en el avión, y aquel silencio motivó a Olga W. a iniciar su lectura. Olga W. iba leyendo, pero el pelo le molestaba en la cara y dejó el libro abierto sobre sus rodillas para recogerse en una cola de caballo. Fue en el momento en que quiso mirar su reflejo en el cristal cuando advirtió la presencia de la gran lengua.

Al principio Olga W. no pudo apreciar la naturaleza del órgano pegado al cristal. En los primeros segundos sólo pudo advertir una masa rojiza que permanecía a la altura de su cabeza. Se giró hacia el señor de la joroba desplazada para comentar el incidente, pero seguía dormido, y se fijó en que tenía la cuenca de los ojos tan profunda como la de la boca, cuyos labios parecían verterse hacia el interior de su garganta, separándole del mundo. Olga W. volvió a mirar afuera y entonces pudo apreciar con horror que lo que estaba a pocos centímetros de su cara era una lengua separada de su

boca, y de su cabeza y de su cuerpo, una lengua suelta y solitaria. Para tratar de medirla extendió su mano con los dedos pulgar y meñique separados. En comparación con la lengua su mano resultaba pequeña, y necesitó algo más de un palmo para abarcarla. A Olga W. le vino entonces a la boca un sabor a hiel y temió que el miedo lo supurara como olor y lo propagara por todo el avión. Para evitarlo contrajo su cuerpo, agarrotó las manos, el vientre, los muslos, en un afán de contenerse a sí misma, y volvió a mirar hacia la ventanilla.

Aunque era una lengua muy grande, Olga W. no dudó en ningún momento de que se trataba de una lengua humana. Se acercó hasta tocar el cristal con la nariz y pudo ver el tamaño de las papilas, y el color más blanquecino de la parte superior del músculo, que contrastaba con el rojo vivo de la punta. Durante los siguientes minutos, mientras estuvo observando la lengua, Olga W. tuvo tiempo de familiarizarse con ella, superar la angustia inicial y considerarla como un compañero de viaje más atractivo que el que yacía a su derecha. Al menos parecía una lengua joven, pensó, que seguro que aventajaba en movilidad a aquella otra lengua que ella se imaginó acartonada desde que, hacía un rato, el señor había abierto la boca en un gesto de trepanación. En ese instante Olga W. sintió que no había cristal entre su cara y la lengua de afuera. Como las manos del mimo que aparentan buscar una salida desesperada en un gran vidrio inexistente, la lengua había comprendido la falacia del cristal y se había situado junto a la cara de Olga W. Desapareció el carácter aséptico que antes le confería la separación hermética de la ventanilla, y ahora la presencia física de la lengua se desplegaba acompañada de su propio aliento.

Olga W. comprobó que el hombre pájaro seguía dormido. Tenía los brazos encogidos y los puños cerrados y situados simétricamente sobre sus piernas, a modo de gallina en palo de corral. En un lado de la cara de Olga W. se arremolinaba el vaho que desprendía aquella lengua poderosa; desde el otro lado, le llegaba el olor del cuerpo yermo de su compañero de avión. A Olga W. le bastó este contraste para consentir que, en un santiamén, la lengua se le colara por la falda, le bajara un poco las medias y se le acomodara entre sus muslos. Ambas, lengua y mujer, permanecieron quietas unos instantes, al cabo de los cuales el músculo reanudó su movimiento y, sustituyendo la superficie del cristal de la ventanilla por el sexo de Olga W., prosiguió con sus lamidos.

Al contacto de su piel con la lengua, Olga W. quiso pensar que era una lengua que ella deseaba desde hacía meses, que se conocían desde hacía algún tiempo. Una vez que se había acoplado allí abajo, el tamaño le resultó cómodo, casi familiar, y agradable su textura, su vaho, su calor, su ritmo al lamerla y al besarla. Ante la confianza que le confería imaginársela como la lengua que amaba, Olga W. se relajó, y al torcer la cabeza hacia su derecha se encontró de nuevo con la mueca patética de su compañero de viaje. Para neutralizar la imagen de aquel matón de la libido Olga W. se desabrochó el cinturón de seguridad y se cubrió completamente con la manta que reparten en los vuelos de largas distancias. En el interior de su cubículo Olga W. tuvo que taparse la boca para no delatar con su voz lo que ocultaba con la manta. Cuando la lengua pudo descansar Olga W. se descubrió la cabeza, se incorporó y se limpió con un pañuelo de papel que cogió del bolsillo de la camisa del hombre pájaro, que ni

siquiera se inmutó. Después besó con cuidado a la lengua, que se había dormido, y la guardó en su neceser.

Durante el resto del viaje también Olga W. se durmió, y sólo despertó cuando una voz anunciaba el aterrizaje. La lengua había despertado antes, y había salido del neceser para acoplársele de nuevo. A Olga W. no le importó, se acomodó en su asiento y se abrochó el cinturón de seguridad. Estaba amaneciendo y el cielo tenía unos tonos pastel que le dieron a Olga W. una sensación de bienestar. Se sentía fresca, descansada, y se preguntó la hora. Como no llevaba reloj y el móvil estaba desconectado, miró la muñeca del señor pájaro. Él sí tenía reloj, pero la manga de su chaqueta ocultaba casi toda la esfera. Al verlo despierto por primera vez Olga W. decidió preguntarle: «Perdone, señor, ¿podría usted decirme la hora?». El señor no dijo ni una palabra, pero le mostró la hora a Olga W. y luego, como disculpándose, la miró con sus ojos cóncavos para explicarle con señas la razón de su silencio, tal como hacen los mudos en esos casos, a veces ciertamente incómodos. Cuando Olga W. supo con asco que la lengua que llevaba consigo no era la que habría deseado, sino una lengua repugnante y hambrienta, intentó desprenderse de ella a toda costa, a tirones, a puñetazos, a gritos... pero no pudo.

Fredo y la máquina

Hay tres personas alrededor de mí, como casi cada tarde. Mi madre nunca falta, y generalmente vienen sus dos hermanas acompañándola, como ahora, mis dos tías. Llevo dos años tumbada en esta cama, en la habitación del mismo hospital al que me trajeron cuando me caí de la moto. Dos años. Cuando una está en coma no sabe ni cómo se pasa el tiempo, algunos días parecen semanas, algunas semanas parecen pocas horas. En mi estado yo sería incapaz de calcular cuánto hace que estoy aquí, pero por las conversaciones de mis familiares, de las enfermeras, voy sacando no sólo esa información, sino también otros muchos datos, que a veces me aprietan como pellizcos. Por lo visto no hay esperanzas de mejora, y mi madre susurra cien veces al día mi nombre, Inés, Inés, Inés, y cada vez que lo hace un latigazo me hiere la garganta. Pero mi garganta no traga, ni se contrae, y en realidad ninguno de mis dolores es del todo físico, por eso cuando utilizo expresiones como «un latigazo me hiere la garganta» sólo quiero dar a entender así una fuerte angustia, porque a los postrados como yo no les puede doler más

que el entendimiento. «Si supieras cuánto me gustaría que pudieras oírme al menos ahora», me dice mi madre, y yo me río por dentro y pienso que si ella supiera cómo duelen las palabras, por sí misma me tataría los oídos con cera caliente. Pero no lo sabe, porque creo que se supone que mi percepción es la misma que la que pueda tener el picaporte de la puerta que lleva al baño, sólo que yo no llevo a nadie a ningún sitio.

Creo que la habitación donde me tienen es bastante amplia, porque desde la puerta hasta mi cama cuento entre diez y doce pasos de hombre, algunos más si entra una mujer. Mis visitas comentan esta holgura y elogian las facilidades del hospital como si se tratara de un hotel. Eso es porque los que me han querido mucho, que son ya los únicos que siguen viniendo, se han vencido ante tres palabras que quedan como último recurso de los desafortunados: podría ser peor. No, mamá, no, tita, no podría ser peor. Uno se ahoga igual en un pozo de dos metros de profundidad que de cien. La agonía es una esponja que cuando se empapa ya no absorbe más. Yo estoy empapada, más allá tan sólo la muerte, el único cambio que modificaría mi situación y, sin embargo, el más aborrecido por mí. Muerte, te aborrezco. Ojalá fueras persona para escupirte a la cara. Ojalá yo también fuera persona para poder escupirte a la cara.

Pero todavía no me ha llegado el momento, y escucho a mi madre recordando en voz alta: «Inés, mi niña, no hay noche que pase en que no se me vengan a la cabeza tus palabras, cuando varias veces, y como en una suerte de augurio fatal, me pediste que si algún día quedabas en coma jamás permitiera que se te desconectara». Sí, mamá, yo me acuer-

do perfectamente, tú siempre me decías que aquélla era una advertencia innecesaria, y que no estaba bien recrearse con el pensamiento de alguna desgracia. Pero yo no me recreaba, yo sólo quería que, en caso de encontrarme como ahora me encuentro, pudieras interpretar esta caja negra que soy a través del registro de mi voz antes del siniestro. Ciertamente que en aquel momento mis palabras parecían el colmo de la precaución, y en su humildad estaban lejos de mostrar la naturaleza clarividente con que se muestran hoy, pero ahora veo que aquéllas fueron mis palabras más acertadas, las más útiles, y me alegro de que con ellas me diera tiempo de advertirte que puedes dejar de visitarme si te cansas al cabo de los años, que puedes hacerte a la idea de que me maté el día del accidente, que puedes negar que alguna vez me pariste, si es que así sufres menos. Todo lo que hagas me da igual, salvo interrumpir para siempre este hilo que me queda de vida, una maquinaria que me da la posibilidad de respirar, el pulso, la nutrición; una maquinaria a la que las visitas deberían dirigirse como si fuera yo, a la que tú, mamá, deberías acariciar también de vez en cuando, porque en ella está el foco que caldea mi carne.

Sin embargo, cuando alguien entra en esta habitación viene a verme a mí, y se olvida de esta extensión mía que son unos tubos, unos líquidos, unos cables. Y ocurre que hay ocasiones en las que también a mí se me ignora, y pienso incluso que quien viene a esta sala viene a verse a sí mismo. Ambas, la máquina y yo, nos unimos entonces en la exclusión. Alguien, un conocido o un familiar, entra, acude al termostato para ajustar a su gusto la temperatura de la habitación, se sienta enfrente de mí, lanza un suspiro, supongo

que me mira, y entonces empieza un monólogo que no tiene nada que ver conmigo, un diálogo donde yo soy la mejor interlocutora, porque nunca llevo la contraria. A más de uno le falta el pudor; Alicia, Román, ¿por qué me decís esto que ni yo quiero escuchar ni vosotros queréis que se escuche? ¿Por qué no os lo tragáis como haríais si yo pudiera sosteneros la mirada?

Pero en realidad desde mi pensamiento transijo en casi todo, y desde mis circunstancias estoy agradecida como perra adoptada, porque ninguno de mis parientes parece haber dado muestras hasta la fecha de querer interrumpir mi mantenimiento mecánico. El momento crítico ya ha pasado, cuando el jefe del equipo médico que se ocupa de mí le ofreció a mi madre la posibilidad de que mis órganos terminaran en otros cuerpos. Mi madre no se rindió al canto de las sirenas, a la retórica de un doctor que insistía en que evaluara la trascendencia que mis riñones, mi corazón, las córneas de mis ojos, tendrían para socorrer la vida de otras personas. Mamá, tú desoíste toda petición, e hiciste bien, que cada cuerpo acarree su propio deterioro. No quiero que mis órganos jóvenes envejezcan en personas ajenas, que los hijos salven a sus padres, si quieren, y los padres a sus hijos, pero yo me quiero entera y, sin tener descendencia, tampoco tengo nada que dejar a mis mayores, y por eso me ofrezco como herencia. Mamá, no tuve tiempo de regalarte una vejez dulce y despreocupada, pero aquí tienes lo máximo que una persona puede dejar, su cuerpo intacto. Y tú, doctor, que le hablabas a mi madre de la generosidad de los donantes, ¿acaso podrías tú siquiera soñar con ser la mitad de generoso que yo? Jamás, porque yo, Inés, soy la herencia de mí misma.

Algo bueno ha hecho este doctor, a pesar de todo, y a pesar de que ni él mismo podrá advertir que uno de sus actos ha cambiado mi estancia en este hospital. Una decisión suya ha alterado mi historia de manera tan rotunda como el choque contra el asfalto la noche del accidente. Después de llevar dos años alojada sola en esta habitación, sin compartirla con nadie, hace dos meses escasos que dispuso instalar a otro paciente, que quedó en un estado semejante al mío después de ser arrollado por un autobús. Tuve suerte y no murió, agradezco su atropello. Fredo es su nombre.

Con Fredo he entrado complacida en mi tercer año aquí. Como a mí, vienen a visitarle cada día, aunque con más frecuencia, como es lógico, dado que prácticamente acaba de llegar. «Inés, hija mía, mira qué lástima, ahí al lado han puesto a un paciente tan joven y guapo como tú», me decía mi madre el día en que llegó él, y yo pensaba que ojalá todas las lástimas fueran como aquélla. Ahora, mientras recuerdo su llegada, él sigue ahí, a dos metros escasos de mí, conectado al mismo tipo de aparatos que yo, por los mismos tipos de cables, ingiriendo la misma comida que yo por los mismos tubos. «Fredo, mi hijo», suspira su padre, «Inés, mi hija», suspira mi madre, y su voz ya no me suena igual, y unida a la voz del padre se me antoja un coro que canta el encuentro final y la unión de dos héroes. Entonces como un picotazo me punza las sienes, es cuando pienso que quizá él esté sumergido un paso más allá, en la oscuridad absoluta, ausente de cualquier tipo de percepción. Pero quiero decirme que no, por qué habría de ser así, si nuestras circunstancias son análogas, si con él vivo una repetición de mis primeros meses, las conversaciones de los médicos, de sus

allegados, hasta los olores se repiten. Fredo es el gemelo que nunca tuve, y nuestra semejanza me lleva a sentir por él el afecto más poderoso. Este sentimiento tiene que ser recíproco, no puede ser de otra manera. Fredo y yo, criaturas de una única gestación, nos amamos sin tocarnos en la sala de un hospital lleno de testigos, y nos sentimos dichosos.

Su padre se pasa las horas recordando su infancia, no es como mi madre, que cuando me habla de recuerdos se centra en la época de mi adolescencia. «Eras la más bonita, todo el mundo lo decía, y también te auguraban un futuro lleno de triunfos, porque lo llenabas todo en todos sitios, en la familia, en la escuela, en la iglesia...», y yo pienso: «¿Estás escuchando a mamá, Fredo? Te perdiste mi adolescencia, pero somos afortunados, porque cada día yo sé más de ti y tú más de mí». A mí me gusta cuando tu papá recuerda tu habilidad para cazar lagartijas, cuando repite: «Nadie sabía cómo a tus cinco años te las ingeniabas para ser más rápido que ellas y llenar un cubo entero de aquellos bichos». Me gusta porque yo también hacía eso, y espero a que mi madre lo recuerde para que Fredo me crea. Pero mi madre recuerda otras cosas que quizá también le gusten, «¿o acaso no te gusta saber que me desarrollé casi de un día para otro, que de todas las niñas de mi clase yo fui el prototipo del paso de una belleza inocente a una belleza fecunda, fuerte y blandita a la vez?». Ahora escucho que mi cuerpo se está secando, y que he adelgazado diez kilos de los cincuenta y cuatro que pesaba, y por momentos me retracto de lo que dije antes, porque creo que sí, que mi situación podría ser peor, de hecho lo es cada vez que los recuerdos se me aparecen como lo que son, espectros que juegan y me ofrecen el dedo índi-

ce untado en miel para que lo chupe y crea que todavía alimenta, ocultándome que en mi mundo ya no existen las abejas, y que lo que se me ofrece como miel no es más que el líquido que supura una mano que se pudre. Pero esto no se lo digo a Fredo, sino que le digo: «Si me hubieras conocido a mis catorce años yo habría puesto tu cabeza en mi vientre redondo y tú ronronearías como un gato satisfecho».

Entre mi cama y la de Fredo hay una cortina, pero como yo estoy al lado de la única ventana que hay en nuestra habitación, la mayor parte del tiempo la cortina está plegada, para que el aire ventile toda la pieza. La ventana es muy grande, y ahora que hay brisa mi madre la ha abierto de par en par. Las vistas deben de ser agradables, porque todo el mundo las celebra. Hay un jardín y una fuente pequeña en el centro, de donde nacen cuatro caños que riegan los arriates. El sonido del agua que corre puede escucharse levemente incluso cuando la ventana está cerrada, pero ahora que está abierta entra una corriente delicada de aire que antes de llegar a Fredo tiene que pasar por mí. «Dime si hueles mi pelo, Fredo, porque mi madre me lo ha lavado hoy con el champú que me gusta, no te confundas y pienses que el olor viene de las flores de cualquier parte.» Entonces pienso que los dos no estamos aquí, sino en un carmen de Granada, que yo conocí en mi época de estudiante, donde pasaba las tardes leyendo cerca de una fuente que sonaba parecido a ésta. «Y al imaginar tu perfil quiero decirte que tienes el rostro de una virgen de Fra Angelico, pero en hombre, y los párpados apacibles de una muchacha de Van Eyck, y en el huerto donde estamos tu amor me sabe a amor cortés, tú, mi amante francés, trovador que festeja nuestra pasión innata.»

Al médico que entra yo no quiero verle más, por mucho que haya sido él quien te haya puesto aquí. Tiene la cara grave, imagino, como un sepulturero, pero sin motivo, porque aquí no veo ningún muerto. Además interrumpe las conversaciones de nuestros padres y, cuando nos están hablando y entra él, después cuesta trabajo retomar la charla, que a veces se queda en algún momento clave para nuestra comprensión mutua. Por eso estoy siempre en ascuas, suplicando que el doctor no entre cuando mi madre rememora un capítulo importante de mi historia. Yo creo que este hombre no tiene ningún tipo de apetito, que su mirada es la misma cuando se dirige a nuestra botellita de suero que cuando se dirige a un entrecot de ternera o a las piernas de mi prima. «Usted, doctor, cántaro vacío, debería tener mi futuro, quizá así me redimiera de este estado, quizá también a Fredo, porque ya tengo hasta pensado qué es lo que haría la primera mañana que despertáramos. Le traería huevos con beicon a la cama, aunque mejor aún, le traería sardinas recién pescadas, tan frescas que mantendrían todavía la forma del último coleta-zo... Fredo, ¿cómo podrías no enamorarte de una muchacha que es capaz de traerte sardinas para el desayuno?»

Desde que vivo en posición horizontal sólo siento movimiento cuando mi mente pasa del blanco al negro. Hoy he sido volteada por una nueva sombra. Mi madre decae, el ánimo le flaquea, y me pregunta: «¿No estaré siendo injusta manteniéndote en este estado? Yo preferiría estar muerta a que me vieras así, y me pregunto si como madre no debería desconectarte y abreviar tu agonía. Inés, mi niña, no puede haber decisión más difícil que ésta de matarte o mantenerte muerta».

¡Horror de los horrores, madre atroz y descarada! No decaigas, acuérdate de mi deseo expreso, ahuyenta de ti esa idea, ¿qué debo decirte para que no te alíes con mi muerte? Sí, ya sé, anda, mamá, sal de la habitación, diviértete un poco, no vuelvas más, ¿es que he hecho algo que te haga pensar que no estoy bien?, ¿es que me he comportado de manera que creas que soy desgraciada? Te prometo que yo soy feliz con mi suerte, de hecho soy más feliz que nunca, ojalá hubiera nacido así, el día del accidente fue el más feliz de mi vida, aquel día compadecí a todos los andantes, porque yo sí que sé lo que es vivir, yo sí que soy afortunada.

Mi madre sale de la habitación, y antes de que vuelva yo invoco a mi amante galo, mi único salvador, pienso en él, y en su máquina, que es nuestra otra mitad, y le imploro: «Fredo, levántate y anda, conmigo».

El rendido

De nada sirvió su inocencia. Tras mis declaraciones su defensa fue en vano. El juez decretó cadena perpetua. Así, encerrado, le quería ver yo desde hacía meses, en realidad desde el primer momento en que le vi.

Aquel primer momento había tenido lugar exactamente cinco semanas antes del día en que nos conocimos, treinta y cinco días al cabo de los cuales hubo una breve presentación, y eso fue casi todo. Yo me llamaba Rita y él se llamaba Bernhard, tras un apretón de manos. Aquella misma tarde me costó poco convencerle para que se trasladase con todos sus bártulos a mi apartamento. Creo que no habríamos hablado más de cinco minutos cuando le solté muy de repente la impresión de nuestras soledades y le presenté la solución de lo que llamamos una vida en común. Como lo que más nos sobraba era el tiempo (ambos coincidíamos en una baja por depresión), puedo decir que el primer mes lo gasté de manera íntegra en retirarle la corteza que le cubría por desuso, y durante los meses siguientes él se dedicó a agradecerme con un amor apacible y constante, que nos hacía des-

pertar en un sopor de satisfacción que se prolongaba durante todo el día.

Después del colapso de nuestra relación y del suyo propio, he añorado muchas veces el dócil letargo de aquella época, que extendía las raíces de nuestra prehistoria bajo la silla en que le descubrí. Estaba sentado en una cafetería cualquiera, con una cara cualquiera, sin cierto aire, sólo la imagen de alguien que desde hacía mucho tiempo no se pronunciaba, el reflejo de un vestigio y, sin embargo, no advirtió mi presencia. No se fijó en mí la primera vez, y lo intenté una segunda. Me acerqué a él para preguntarle si una de las sillas de su mesa estaba libre, y así me senté en la mesa de al lado, con mi cabeza apuntando en su dirección. Estuve observándolo durante largo rato y él nada, ni siquiera se inmutó. Bebía un café a sorbos cortos y en intervalos interminables, con la vista, y seguramente la mente, perdidas en algún sitio de escasa importancia. En pocas palabras, se diría que estaba allí matando el tiempo. En cuanto a mí, desde los inicios de mi tristeza, tampoco tenía ganas de hacer mucho, así que cuando me di cuenta de que todos los días la cafetería era para él un punto obligado, me uní a su rutina.

Él solía venir sobre las cuatro, yo le veía llegar, y unos minutos más tarde le pedía una de las sillas libres de su mesa y me sentaba en la de al lado, siempre orientada hacia él. Esto ocurrió durante las semanas previas a nuestro conocimiento, invariablemente. La situación era un cuadro de constantes fijas y determinadas, y como tal él las acogió cada día, sin mostrar la más mínima extrañeza. Como digo, solía llegar a las cuatro, y se marchaba sobre las siete. Tres horas cada día, incluyendo los fines de semana, son muchas ho-

ras, allí sentado como la viva imagen de un penitente, derrengado no por los años, que no pasaban de treinta y pocos, sino por algún choque mortal en su historia, que más tarde, cuando nos fuimos conociendo, me contó desde una cierta melancolía.

Pero por aquel entonces aún no le conocía, y cada vez que le veía aumentaba mi curiosidad hacia su persona. Me preguntaba por qué dedicaría gran parte de la semana a aquel triste *far niente*. Me preguntaba si en realidad aquellas horas las emplearía recreándose en los encantos de su enamorada, o memorizando su papel en un guión de cine, o en el pensamiento de algún problema matemático, buscando, como yo buscaba todavía, un cero de la función zeta que consiguiera violar la hipótesis de Riemann; pero cualquier opción era descartada, porque cualquiera que lo hubiera visto habría pensado lo mismo que yo, que aquel hombre estaba simplemente quemando las horas. Esto no evitó que siguiera preguntándome en qué mundo viviría para que una situación tan peculiar le pasara desapercibida, una situación atípica en la que una mujer bella se dirige a él cada día, sin faltar uno, para pedirle una silla y sentarse enfrente.

Quizá me vio sin mirarme muchos días, porque cuando al conocerle le pregunté cuándo había reparado en mi persona me contestó: «Pues hoy... ¿Qué quieres decir?», respondiéndome sin saber que ese hoy estaba cargado de historia para mí, que él me conocía de diez minutos y, sin embargo, yo le había dado desde hacía semanas el derecho a ordenar hasta el más íntimo de mis cajones. Ignoraba Bernhard que antes de aquel «hoy» sólo las ganas de encontrarle me habían devuelto un impulso vital olvidado, una situación

que empezó a sorprenderme cuando reanudé mis contactos con el espejo de mi habitación, preocupada por mi aspecto. Aquel hombre ensimismado había llegado a significar, triste es contarlo, la parte más importante de mi vida. Me acostaba imaginando su voz salida de las primeras palabras que me dirigiera, me despertaba segura de estar escuchando el silbido de la cafetera para el café que él me estaba preparando. Me duchaba, me peinaba y me vestía para él, me alimentaba y descansaba también para él. Así transcurrían mis jornadas, dos litros de agua diarios, una manzana, ocho horas de sueño como mínimo, mi piel bien hidratada. Pero él no parecía reparar en mi existencia y, a pesar de las tardes que transcurrían una tras otra, yo estaba segura de que no era en mí en quien pensaba cuando cumplía con los hábitos mínimos que la vida suele requerir. Respecto a la mía, a mi vida, las citas se volvieron a reanudar. Volví a dar mi número de teléfono a algunos hombres, con los que me despertaba después de haberlos puesto al servicio de unas prácticas sexuales que hacía una eternidad que ya no ensayaba, y en todo ponía un gran esmero, pensando en el provecho que en un futuro cercano aquellas destrezas podrían ofrecernos sólo a nosotros dos, para regalo de nuestro cuerpo y alma.

Entretenida en estos cuidados, esperaba el momento oportuno para un cambio en la monotonía que me unía a él, y ese cambio se produjo de manera inesperada, una tarde en que llegué a la cafetería a la hora de costumbre y no le encontré. En aquel instante toda la tranquilidad que me había sostenido hasta entonces se vino abajo, y me enfurecí pensando que tal vez por confiar en la inercia de lo cotidiano le habría perdido la pista para siempre. Aquél no era el cambio

que yo esperaba, y su desaparición llegó a ponerme en el extremo de un ataque de angustia. Llegué a mi apartamento totalmente trastornada, arrojé las macetas contra la pared, y me ensañé con el perro por lamer los restos esparcidos, golpeándole hasta que dejó de moverse. Todavía exhausta por el esfuerzo me tiré de medio lado en el sofá, y en pocos minutos de duermevela se me agolpó en el pecho un desamparo profundo, que se amargaba por la muerte del animal, mi única compañía, y terminaba en el presentimiento de que nunca más vería a Bernhard. Cuando la oscuridad de la calle comenzó a descender por el sofá, calculé que se acercaba el momento del cierre de las tiendas, me levanté y corrí para comprar nuevas macetas que reemplazaran a las que acababa de romper, en un afán por restablecer cuanto antes el orden que yo misma había perturbado. Restituí todo, excepto mi pobre perro, y me apenaba pensar que me costaría tiempo hacerme con otro que se acercara a su grado de docilidad. Pero los destrozos de la vivienda, los intentos de reparación, la muerte del animal, todo aquello de nada sirvió, porque dos días más tarde Bernhard volvía a estar a la hora acostumbrada en la misma cafetería.

Fue entonces cuando le abordé y tuvo lugar nuestra presentación. Él se llamaba Bernhard y yo me llamaba Rita, y empezamos nuestra convivencia. Entre nosotros había pocas palabras, y ahora recuerdo sólo un par de charlas que podrían calificarse de conversaciones. En una de las primeras me contó su historia en veinte minutos. No intervine hasta el final, porque en el relato de su vida él iba hilvanando infortunio tras infortunio, y cuando yo quería decir algo porque pensaba que había terminado de contar el último

desastre, ya se había metido en la crónica del siguiente, que siempre era peor que el anterior. La suya había sido una vida a tropezones, marcada por un hecho trágico singular, pero también por una combinación de desgracias que por su coincidencia en un único individuo hacían de él una suerte de receptáculo de adversidades. Era una de esas personas para quienes no existen palabras bonitas, porque todo el mundo que lo conoce comprende que no hay consuelo que valga para su situación. Era ese tipo de hombre que tiene la gran habilidad de hacer que hasta el menos sagaz pueda comprender de manera instintiva e inmediata que las palabras de aliento para él sonarían siempre desafinadas. Está de más decir que yo no intenté consolarle, y aunque por momentos me venían impulsos de felicidad ante la comparación de nuestras historias, de la que yo salía mejor parada, también es cierto que había instantes en que me acometía una quemazón interior que me ahogaba. Esa quemazón provenía de que, a diferencia de él, yo no era una buena nadadora en mi desdicha.

Nuestro primer año transcurrió sin apenas salir de casa, y sin apenas hablar, pero nuestra relación sexual suplía cualquier carencia de intercambio verbal. Todo lo que nos teníamos que decir era puesto en escena sobre nuestra cama, a menudo sobre otros sitios, haciendo del apartamento un nido que me sujetaba cada día más a Bernhard. Él pasó a ser mi casa, una casa en claroscuro por el gusto agridulce que resultó de abandonar mi vida en las manos de él. A veces entraba como en un delirio que me duraba días, siempre entre el placer de un erotismo grandioso y el desasosiego de creerme perdida sin su presencia. Todo llegó a balancearse

entre dos polos, la entrega absoluta y el miedo a perderlo, que era verdadero pavor.

Mis temores eran todo uno, un reconcentrado de eficacia máxima. Al principio no tenía una forma definida, en nuestra vida no había otras personas, no había agentes externos que pudieran alterar nuestra relación. Mi ansiedad parecía infundada, pero no tardé en ponerle un rostro, y un día se me apareció como la sospecha más congruente: la impotencia de estorbar su suicidio. Ése me pareció el motivo del miedo que había trastornado nuestra apacible monotonía. Recordé el sabor amargo de sentirme sola. Me vi a mí misma meses atrás, viviendo para él cuando todavía él no había reparado en mí, y sentí vergüenza. Ese resquemor que antes me venía y se iba como a ráfagas, ahora pasó a ser mi estado habitual. Descubrirme en el terror de pensar en su muerte fue el inicio de una nueva etapa de intranquilidad en mi vida, y en este sentimiento se resumen las causas de mi comportamiento posterior.

Todo lo que él miraba lo miraba yo con más atención, como intentando rastrear las huellas que su retina hubiera dejado en el objeto más simple. Cuando sus ojos se paraban en objetos que yo consideraba potencialmente peligrosos, objetos punzantes o afilados, con alguna excusa yo los quitaba inmediatamente de su alcance. Pero pronto cualquier cosa se convirtió para mí en letal. Hice desaparecer los espejos, e incluso las hojas de papel; nos quedamos sin libros, sin cables, sin cinturones, y quitaba las bombillas las pocas veces que yo salía y él se quedaba en casa. Fui vaciando el apartamento hasta de los detalles más insignificantes y, poco a poco, los espacios se fueron desocupando al extremo

que los dos fuimos ya casi un islote en aquel vacío. Él no podía adivinar qué había detrás de mi comportamiento, pero tampoco parecía importarle demasiado, y esto me preocupaba más, porque me hacía pensar que de algún modo él tendría ya preparada la manera de quitarse la vida, una manera mucho más sutil que las que yo era capaz de imaginar, y por ello, quizá, fatalmente inevitable.

Transcurrido un año fue cuando Bernhard pronunció la frase, acaso desafortunada, que marcó esta historia como irrevocable. «Rita», me dijo, «que poco a poco vacíes nuestra casa me da igual, contigo viviría mejor en una jaula, el mundo me estorba.»

A partir de aquella mañana, el mantenimiento de nuestro amor tomó en mi mente la forma de una prisión, y pensando en esta idea se me ocurrió sumar el siguiente y último infortunio a los anales de su historia, el proyecto que detendría las patadas de nuestro hijo en mi vientre y que daría con sus huesos en la cárcel, en cuya imagen descubrí el bálsamo para todos mis temores.

Debo decir que ahora, días después del final de nuestra historia, no sé los motivos que me llevaron a pensar en su suicidio. Intento disculparme confiando en que una ocurrencia tan desbordada debía de obedecer a algún tipo de señales codificadas, que yo descifré de manera intuitiva. Intento disculparme, como digo, pensando que si bien él no me dio explícitamente razones para pensar que quería morir, sí tuvo que darme indicios velados que me hicieran llegar a una conclusión tan clara sobre la voluntad de su propia muerte. Bondadosa prisión, cavilaba mientras estuve tramando mi plan; gratos guardas penitenciarios, conservadle

la vida, que con vuestra estrecha vigilancia se vea obligado a seguir viviendo, y cuando la vida le reclame la dosis de amor que le demanda a cualquier mortal, allí estaré yo, pero sólo yo, para satisfacerle en las horas de visita.

Con este propósito concebí un hijo. Él acogió la noticia con sorprendente entusiasmo. A los seis meses de gestación lo perdí. Durante esos seis meses me ocupé en envenenar a la criatura que se estaba formando, una pequeña dosis en cada una de mis comidas, hasta que me vino el aborto planeado. Era una niña. Lloré mucho, con dolor sincero, pero no hubo arrepentimiento, y durante los días de convalecencia me dediqué a inculpar a Bernhard del envenenamiento de su hija no nacida. Mis seis meses de embarazo los había ocupado en inventar una trama perfecta para acusar a Bernhard de mi aborto, con la agravante de poner en riesgo incluso mi vida. La acusación dio resultado y creo que, aunque mis esfuerzos hubieran sido menos, Bernhard habría sido igualmente sentenciado como culpable, porque no hizo ni el más leve amago por desmentir mis declaraciones. Su abogado defensor parecía tener mayor interés en su absolución que él mismo, y durante el juicio observé cómo la pasividad de Bernhard hacía que la vena del cuello del letrado se hinchara más y más.

Oficialmente Bernhard fue condenado a muchos años de prisión, pero en mi mente la sentencia le obligaba a vivir una vida que yo creía que él desestimaba. Para mí, fue condenado a vivir de por vida. Bernhard entró en prisión con el mismo talante con el que le conocí, indiferente, con una docilidad absoluta, la misma docilidad con que desesperó a la defensa ratificando mis acusaciones. Su mirada nunca me

culpó, era la misma mirada que tenía cuando hacíamos el amor, y durante el tiempo en que estuvo preso nunca me rechazó, ni yo falté una sola vez a los días en que le daban licencia para nuestros encuentros íntimos durante una hora. «Rita», era lo único que repetía muchas veces, y lo pronunciaba concienzudamente, como si creara una estirpe al articular cada una de mis cuatro letras. Su existencia es muy desgraciada, pensaba yo, pero le requiere el contacto con otro cuerpo, porque todavía está vivo. Y sólo por eso tenía sentido mi vida, por ser el cuerpo que él agarraba como una necesidad básica.

Estos once años en que separé a Bernhard del mundo fueron para mí los más amables, gracias a la serenidad que me daba el saberme esperada cada día. Desde la primera vez en que le vi, he mencionado antes, quise verle entre barrotes. Jamás habría soportado que existiera para él otra mujer, ni otra mujer ni cualquier otro ser, animado o inanimado, padre o madre, y cuando la idea de su muerte se me apareció en la cabeza quise arrebatárselo también a ella. Hoy ya no tengo que luchar con ese rival, Bernhard lleva muerto una semana. Logró quitarse la vida, quién sabe si ése era su propósito desde que me conoció o si once años en la cárcel fueron suficientes para acabar con sus esperanzas, si alguna vez las tuvo. En cuanto a mí, la semana que viene cumpliré cuarenta y seis años, y sospecho que la vida que me quede será de absoluta soledad, una vida sin perro, sin hija, sin Bernhard.